La vorágine: historia y tiempo del paisaje latinoamericano

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

En este artículo se revisa el centenario de la publicación en 1924 de la novela *La vorágine* del escritor colombiano José Eustasio Rivera (1888-1928). En ella a través de una historia la selva, nos adentra a un espacio geográfico para entender los mecanismos de explotación de la madera y el caucho, así como las formas caciquiles de gobierno y de trabajo que permean la extracción de la riqueza natural colombiana por los grandes capitales internacionales.

En ella se muestran las diferencias palpables entre la civilización y la barbarie como antinomia principal en la que conviven las sociedades latinoamericanas como un fantasma insalvable heredado de la conquista de Europa sobre el nuevo mundo.

Abstract

In this article it explore the centenary of the publication of 1924 the novel La voragine of the Colombian writer José Eustasio Rivera (1888-1928). In this novel, through a love story, a runaway from the city and the arrival to the green prison –the jungle–, we enter a geographical space to understand the mechanisms of the wood and the extraction of the natural resources of Colombia by the big international powers.

The novel shows the clear differences between the civilization and the barbarism as principal antinomy in which the Latin-American societies coexist as an insurmountable ghost inherited by the conquer of Europe over the new world.

Palabras clave: selva americana, civilización, barbarie, capitalismo.

Key words: american jungle, civilization, barbarism, capitalism.

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás, "*La vorágine*: historia y tiempo del paisaje latinoamericano", en *Tema y Variaciones de Literatura*, número 62, semestre I, enero-junio de 2024, UAM Azcapotzalco, pp. 37-46.

> *Luego de la pausa llegaron otros. Los extranjeros. Y así acabo la paz y empezó el tiempo de saber, carajo. Las sombras venían y se iban… Algunos estaban perdidos, ni siquiera sabían cuánto tiempo llevaban en la selva y hablaban como locos sobre los horrores que habían visto allá adentro.*
>
> Elaine Vilar Madruga, El cielo de la selva

I. Introducción

El amanecer en la selva se confunde con una sinfonía de múltiples sonidos que marcan el tiempo vital de la misma. El canto y revolotear de los pájaros, el deslizamiento sobre la hojarasca de los reptiles, los saltos y bullicio de las distintas clases de monos y mamíferos, el mundo fantástico e infinito de especies que encuentran en la selva su hábitat natural, su espacio de vida, y por lo tanto, su arena por la lucha y por la sobrevivencia.

Como cualquier espacio natural, la vida y la muerte se entrecruzan en una batalla constante por dominar a la otra especie, para encontrar un espacio de vida y crecimiento, tanto para el mundo animal como para el mundo humano. La selva, es la región natural más compleja y la que guarda en sus entrañas, parte de las batallas más feroces por la vida y por resguardar el derecho a la misma.

La selva, ícono de lo impenetrable, de la búsqueda de la ciudad dorada, del despertar humano en pos de los mitos y las utopías, del encuentro del hombre con la feracidad y misterio de la vida misma. Espacio de encuentros y búsquedas, espacio que conecta la barbarie y la civilización como formas de vida y explotación de los pueblos, de los recursos naturales, y en fin, la explotación del hombre por el hombre.

Arena política de los sueños del capital por extender sus fauces sangrientas y hambrientas sobre la inmensa riqueza de la tierra: virgen, feraz, inexplorada. Es el reducto natural más difícil de penetrar. Donde el hombre puso

sus huellas para ir a descubrir otros mundos, otras culturas, y en sí, otro destino de la vida y de la historia.

Y en ese mundo, poco explorado y conocido, se ubica la realidad latinoamericana como un enclave todavía en un estado natural que va a ser presa voraz del mundo occidental, como lo expreso bellamente el escritor francés Jean Marie Gustave Le Clézio, en ese encuentro de mundos, que fue la conquista de tierras por el viejo mundo europeo:

> La tragedia de esa confrontación está contenida en ese desequilibrio. Es el furor de un sueño moderno que extermina a un sueño antiguo; un deseo de poder que destruye a los mitos. El oro, las armas modernas y el pensamiento racional contra la magia y los dioses: el resultado no podría ser otro.[1]

Dos mundos que se encuentran, se enfrentan, en una batalla ardua y permanente que esculpirá el rostro latinoamericano en el tiempo y en la historia. La historia del nuevo mundo inicia a dar sus primeros pasos en ese largo y sinuoso camino por consolidar su espíritu de identidad en el concierto de las naciones.

II. Un poco de historia

Las huellas y el paso de la Conquista por el territorio y la naturaleza americana conformaron un mundo de desigualdades en todos los ámbitos del mundo rural y urbano del paisaje latinoamericano. Las estructuras sociales permearon y definieron una base social: amplia y diferenciada, los antiguos grupos indígenas se supeditaron a formas de gobierno ajenas a sus creencias y tradiciones

Las antiguas élites gobernantes indígenas fueron asimiladas y adaptadas a formas de gobierno aristocráticas ajenas a su espíritu de comunidad y envueltas en una permanente dependencia de obediencia e inferioridad frente al mundo conquistador. Como lo afirma el historiador Tulio Halperin Donghi:

> Sobre la tierra y el trabajo indio se apoya un mundo de vida señorial que conserva hasta el siglo XIX rasgos contradictorios de opulencia y miseria… La catástrofe demográfica del siglo XVII provocará transformaciones más importantes en el sector agrario: reemplazo de la agricultura por la ganadería del ovino, respuesta elaborada desde México hasta Tucumán a la disminución de la clase trabajadora: reemplazo parcial de la comunidad agraria indígena, de la que el sector español se limita a extraer una renta señorial en frutos y trabajo, por la hacienda, unidad de explotación del suelo dirigida por los españoles.[2]

[1] José Marie Gustave Le Clézio, *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido*, México: Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 9.

[2] Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza Editorial, 2017, pp. 21-23.

El largo y doloroso proceso de la Independencia de las Repúblicas latinoamericanas, fue un asedio permanente y conflictivo entre los poderes centrales y los poderes locales, que aquilataron e impusieron formas múltiples del dominio caciquil, en los tiempos de conformación de las jóvenes naciones latinoamericanas que se debatían en el campo político entre la tradición y la modernidad, entre el campo conservador y el liberal cruzados por la figura emblemática del caudillo, como lo afirmó Carlos Fuentes:

> Distancia entre el poder real centralista y el poder señorial local; pero enorme distancia, también, entre la república de los criollos y la república de los indios, para no hablar de la república marginada y encarcelada: la de los esclavos indios y negros. Desde la era colonial, la América española vive la contradicción de una autoridad central de derecho, obstruyendo el desarrollo de las múltiples autoridades locales de hecho… El orden caciquil reproduce el sistema imperial de delegaciones y ausencias autoritarias a escala regional o aldeana.[3]

Así el mundo colonial sembró e impuso sus raíces en el suelo americano. América Latina era parte del mundo, convivía con otras realidades. Las imágenes híbridas que se concretaron durante siglos enmarcaron las relaciones entre Europa y las nuevas tierras descubiertas. La realidad americana era un paisaje natural expoliado por el mundo europeo.

La Iglesia, como estructura institucional, económica e ideológica es transplantada al suelo americano para influir en todos los ámbitos de la vida cotidiana de los pueblos latinoamericanos. Su presencia es innegable y su funcionamiento es todo un éxito para estructurar el corazón de la vida latinoamericana donde la Iglesia va a tener un papel de primera importancia para modelar los valores, tanto individuales y colectivos, en los espacios públicos y espacios privados de las sociedades conquistadas.

Todos estos elementos forjaron el alma latinoamericana, tratando de definir una identidad nacional, y porque no continental para expresar nuestra originalidad, como lo pretendía el escritor cubano Alejo Carpentier, en su lúcido ensayo *Conciencia e identidad de América*:

> Pero piensen siempre –tengan siempre presente– que, en nuestro mundo, no basta con conocer a fondo la historia patria para cobrar una verdadera y auténtica conciencia latinoamericana. Nuestros destinos están ligados ante los mismos enemigos internos y externos, ante iguales contingencias. Víctimas podemos ser de un mismo adversario. De ahí que la historia de nuestra América haya de ser estudiada como una gran unidad, como la de un conjunto de células inseparables unas de otras, para acabar de entender realmente lo que somos, quiénes somos, y que papel es el que habremos de desempeñar en la realidad que nos circunda y da un sentido a nuestros destinos.[4]

[3] Carlos Fuentes, *La gran novela latinoamericana*, México: Alfaguara, 2011, pp. 98-99.

[4] Alejo Carpentier, *Ensayos selectos*, Buenos Aire: Corregidor, 2007, p. 165.

América, a pesar de ser conquistada, tiene peculiaridades que la hacen distinta, única y el tiempo y la historia así lo han demostrado. Somos un crisol de culturas, tiempos, imágenes, mitos, imaginarios, pero sobre todo, un espacio que ha construido una historia rica a pesar de nuestras contradicciones. El alma latinoamericana vive a pesar de un pesado legado colonial.

III. La Vorágine y el mundo americano

José Eustasio Rivera (1888-1928), el gran escritor de la selva colombiana, es un digno heredero, de esos escritores latinoamericanos que han tomado por tema y personaje principal, a la naturaleza. A esa naturaleza americana, pródiga y feraz que ha construido en gran parte el paisaje literario latinoamericano.

En sus páginas se encuentran los ecos de esas repúblicas latinoamericanas que se debaten entre los sueños de la tradición o de la modernidad, de ese péndulo que mide los latidos del corazón latinoamericano en sus compases llenos de historia, de esas antinomias para observar y estudiar la realidad: de esas ideas capitales forjadas en el temple americano: barbarie y civilización, rural y urbano, regional y nacional, nacional y cosmopolita, mundo viejo y mundo nuevo, lo mágico y lo racional, la periferia y el centro, la colonia y la metrópoli, entre muchos otros campos conceptuales de oposición.

José Eustasio Rivera, es heredero de una larga tradición por establecer la literatura latinoamericana, por encontrar la voz personal y original de los cantores de estas tierras que han padecido el espíritu del capitalismo. América Latina se integró al mundo occidental con el yugo y la sujeción mental. América nación con alma de pirata, de rebelde, del que desobedece.

Su origen fue de extrañeza, de ver al otro invadiendo tu intimidad, de ser sujeto a través de la conquista espiritual y militar a un mundo ajeno que no correspondía a nuestra realidad. A esa realidad maravillosa llena de magia y de mitos, de colorido y esperanza, de una fe telúrica a la tierra, de un apego ancestral a la naturaleza, a una lógica de vida diferente, pero que era nuestra, nos pertenecía.

Ahora sólo nos convertimos en parte de un discurso de dominación, de censura hacia lo propio y de exaltación de lo ajeno. De mostrarnos que estamos muriendo, que las venas se siguen desangrando, que somos periferia del mundo central. Que nuestra voz no se oye en los horizontes del diálogo, que nuestro mundo se ha ensombrecido ante el otro.

Pero las obras literarias son esas voces de rebelión, que delatan ante el mundo que seguimos vivos, que tenemos voz propia y somos capaces de mostrar a través del lenguaje, que América Latina existe como unidad y diversidad. Que la literatura nos da existencia, conciencia histórica de pertenecer y ser.

Eso ha logrado la magia de las letras en el puño de los grandes escritores latinoamericanos como: Domingo F. Sarmiento, Ignacio Manuel Altamirano, Rubén Darío, Esteban Echevarría, Euclides Da Cunha,

Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Jorge Luis Borges, Ciro Alegría, José María Arguedas, Jorge Icaza, Leopoldo Lugones, Mariano Azuela, Alcides Arguedas, Ricardo Palma, Ricardo Rojas, Pablo Neruda, Horacio Quiroga, Rómulo Gallegos, Gregorio López y Fuentes y un largo etcétera que nos ha dado aliento como comunidad literaria.

En el caso particular de José Eustasio Rivera y su obra maestra *La Vorágine*, que fue publicada en 1924, donde encontramos a esa selva americana inmensa, impenetrable, enigmática, que esconde en sus entrañas, la riqueza material (madera, caucho, etc.), humana y mítica.

Tierra inmensa por donde han pasado viajeros, pintores, naturalistas, científicos, exploradores, arqueólogos, antropólogos, aventureros y una infinidad de personajes que han dejado testimonios ricos en descripciones, descubrimientos y una infinidad de documentos (cartas, mapas, descripciones geográficas, pinturas, diarios, entre muchos otros) que nos hablan de la riqueza y variedad de la selva como sistema natural.

En *La Vorágine*, el autor nos muestra una radiografía de la selva y de su tiempo. Un tiempo marcado por estructuras caciquiles que dominan los inmensos y muchas veces desconocidos territorios que todavía no acaban de ser explorados para un conocimiento más preciso de la nación colombiana. Todavía la geografía, no es una realidad considerada en su totalidad para conocer estadísticamente las riquezas que se encuentran en ella.

En esas historias entrecruzadas que ha vivido intensamente la América Latina, se encuentra esa actitud arrolladora del mundo occidental, presente en el papel de estudiar, conocer y subsumir estas formas de vida al papel civilizador del capital, como lo expone el antropólogo Claude Lévi-Strauss en su elocuente obra de 1955, *Triste trópicos*:

> Tristes trópicos explícita de forma inigualada la clarividencia que el etnógrafo puede alcanzar de la extraña misión que se le ha encomendado: la de convertirse en ejecutor de una ciencia que no es sino la consecuencia directa de los remordimientos de una civilización, la occidental, que, desde la soberbia y la arrogancia que le concede su superioridad tecnológica y militar, ha decidido suprimir la diversidad cultural.[5]

La Vorágine, retrata de forma clara y precisa el amplio mundo que se ha construido al interior de la misma. La selva, es una realidad, es una amenaza que destruye sueños, que aniquila individualidades y colectividades. Es el actor principal en la lucha de: la naturaleza y el ser humano.

En ella el autor, relata una historia de amor, pero lo más significativo son las estructuras sociológicas que se manejan en ella a través de una tensión recurrente entre el mundo primitivo y el mundo civilizado en sus formas culturales que dan ambiente a esta notable novela sobre la tierra americana. La selva, sólo es una forma geográfica y cultural que le da vida a un espacio natural donde se muestran las contradicciones de un sistema político, económico y social, léase capitalismo, como lo muestra el prologuista Horacio González Trejo:

[5] Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1992, p. 15.

> Una tensión entre lo "civilizado" y lo "primitivo" que es inherente a la situación específica en que se desenvuelven sus personajes… Aquí civilizado y primitivo son, meramente, expresiones bipolares de una realidad concreta: la del desarrollo desigual en la estructura dependiente de cualquier región de América Latina.[6]

La selva, juega un papel potencializador de las acciones de los personajes. Es un lugar de fuga, de aventuras y de búsqueda del "corazón de las tinieblas" del mundo americano. Donde el reconocimiento de esa realidad permite construir una conciencia histórica, reconocer al territorio como un elemento más de la Nación. De esa nación en constante construcción y definición del sentido nacional de la patria.

El papel "civilizador" de los viajeros y otros personajes que con sus investigaciones sobre las sociedades "primitivas" permitieron una retroalimentación para las formas de dominación entre las sociedades, como lo consigna acertadamente Vicente Francisco Torres:

> *La vorágine*, testimonio airado del caos fronterizo causado por los caucheros errantes, documenta como éstos eran reclutados con engaños y explotados de por vida, junto con sus hijos y sus mujeres.. Como la novelística de la época, entregó rico material a los antropólogos al consignar fiestas, ritos, costumbres y creencias.[7]

La huida de la civilización (la ciudad) hacia otro mundo lleva a Arturo Cova y Alicia, a la esperanza de otra vida alejada de la hipocresía del mundo urbano. La atracción de otros escenarios y conocer otras geografías de un país que está definiendo sus territoriales en el Amazonas.

Esta novela, cruza los innumerables problemas a que se enfrentan las sociedades latinoamericanas frente a los centros de poder de Europa y Estados Unidos que extraen implacablemente la riqueza de estas tierras llenas de productos para la exportación, así como los mecanismos de enganche de los trabajadores para venir a trabajar a las zonas: minerales, madereras, caucheras, haciendas ganaderas, en condiciones de una explotación de mano de obra brutal y con severos castigos para mantenerlos en la zona.

Sus formas de fuga era el uso del alcohol como salida a las extenuantes jornadas de trabajo, para abatir el cansancio y salirse de una realidad cruel que los hacía víctimas de castigos corporales por parte de los patrones. También la pelea de gallos era una distracción y un juego de apuestas:

> Había hombres desconocidos y debajo de los bayetones les cantaban los gallos. Quiénes discurrían cazando apuestas "a la tapada", o les afilaban las espuelas a los campeones, o con baches de aguardiente les rociaban el costado, alzándoles el ala. Patiamarrados con cordeles,

[6] Horacio González Trejo, "Prólogo", en José Eustasio Rivera, *La Vorágine*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1973, p. XIII.

[7] Vicente Francisco Torres, *Del infierno verde al paraíso perdido. La narrativa de la selva en América Latina*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2022, pp. 184-185.

> escarbando el suelo, desafiábanse los rivales de plumajes vistosos y cuellos congestionados.[8]

Era el mundo criminal, salvaje, de lucha permanente entre las compañías, los patrones y los mecanismos de control social para mantener un espacio de trabajo con cierto orden y disciplina. La ley era aplicada imparcialmente y siempre favorecía al propietario, construyendo con esto un tipo de trabajo casi de corte esclavista. Donde, por otra parte, era una tierra sin ley, donde las rebeliones y fugas eran constantes, pero se perseguía al prófugo de la ley, hasta alcanzarlo y devolverlo con su patrón o cazarlo hasta darle muerte.

El encuentro de los que se internaban en la selva con las tribus indígenas era inevitable y la guerra comenzaba cuando los aventureros invadían el paraíso de estas tierras vírgenes al contacto del hombre blanco. Como lo narra el propio autor:

> Más con repentina resolución surgieron los indígenas de todas partes y cerraron con los potros para desjarretarlos a macana y vencer cuerpo a cuerpo a los jinetes. Diezmados en las primeras acometidas, desbandáronse a la carrera, en larga competencia con los caballos hasta refugiarse en intrincados montes.[9]

En esos encuentros al interior de la selva se mostraba la voracidad del capitalismo civilizador frente al mundo primitivo de los grupos sociales que se habían resguardado por muchos años de las lógicas y del mercado capitalista. El mundo idílico y romántico que se ha formado de esas tribus eclosionó como una reverberación de la misma conquista:

> Los indios encargados de procurarnos la mercancía fueron estafados por los tenderos de Orocué. En cambio de los artículos que llevaron: "seje" chinchorros, "pendare" y plumas, recibieron baratijas que valían mil veces menos.[10]

Imagen que ha recorrido la historia y se ha convertido en un imaginario social, para manifestar la desigualdad entre los pueblos y sus relaciones comerciales, que han constituido la metáfora ideal entre las naciones civilizadas, y su contra parte, las naciones subdesarrolladas.

La selva, ese espacio de naturaleza exótica, desconocida, es peligro y atracción a la vez para los buscadores de riqueza, para los que buscan una paz o huyen del mundo mecanizado y sus horrores de un mundo vertiginoso que mata la calma del espíritu y el bienestar. Un ejemplo de ello, es lo que expone como tema central de su novela, José Eustasio Rivera:

> El ansia de riqueza convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y emborracharse meses enteros, sostenidos por la evidencia de que en los montes hay mil esclavos que dan sus

[8] José Eustasio Rivera, *La Vorágine*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1973, p. 87.

[9] José Esstasio Rivera, *op. cit*., p. 112.

[10] *Ibídem*, p. 137.

> vidas por procurarle esos placeres, como él lo hizo para su amo anteriormente.[11]

La selva se convierte en refugio, pero a la vez en entrada a un mundo fascinante, desconocido que trae el interés de la ciencias, de las empresas y del mundo del capital. Se convierte en centro de atención, de propios y extraños que hacen de ella un inmenso botín, donde las pasiones y los intereses bailan alrededor de ella.

Las ganancias pueden más que el miedo, Todos quieren entrar a esa aventura de la extracción de riqueza, de explotar la naturaleza y el trabajo humano, de eso que conocimos como la época dorada del imperialismo (1880-1920). Citemos un párrafo más de la obra:

> Por esa época hubo para mi vida un suceso trascendental: un señor francés, a quién llamábamos el "monsiú", llegó a las caucherías como explorador y naturalista. Al principio se susurró en los barracones que venía por cuenta de un gran museo y de no sé qué sociedad geográfica; luego se dijo que los amos de los gomales le costeaban la expedición.[12]

La selva con sus inmensos ríos, su exuberante vegetación, sus infinitos ruidos, su intenso calor, sus infinitos caminos, fueron el refugio y cárcel de varias generaciones que se ahogaron o perdieron su vida en sus terribles fauces sangrientas. La selva se los tragó, fue un laberinto del cual no pudieron escapar.

[11] *Ibídem*, p. 173.
[12] *Ibídem*, p. 192.

IV. Palabras finales

La gran novela de José Eustasio Rivera, *La Vorágine*, publicada en 1924, es una digna representante de las tribulaciones de la historia latinoamericana. A 100 años de su publicación, mantiene vivo ese cuerpo sociológico y antropológico que cabalga entre la tradición y la modernidad, en esa tragedia de los pueblos subdesarrollados que cabalgan entre lo primitivo y lo civilizado.

En ese crisol de culturas que somos y nos movemos en el eterno sueño bolivariano de alcanzar un día la plenitud del mestizaje criollo y la dignidad indígena que despierte del eterno sueño del racismo y menosprecio de su existencia y sus culturas.

La Vorágine, caos y orden, anarquía y ley, ellos y nosotros, plenitud del pensamiento americano que surca: la pampa, los sertones, las selvas, las sierras, y otros paisajes agrestes, símbolos de nuestra diversidad cultural y fortaleza de una raza de bronce, que es vencida pero jamás derrotada. Raza que como el ave fénix levanta el vuelo por las grandes cordilleras que fueron parte del canto de Pablo Neruda de estas tierras desangradas por la voracidad del capital.

Y para terminar cito al estudioso de la literatura latinoamericana Francesco Varanini:

> Un lugar que es antiguo, y no está lejos. Porque América, para el europeo que lee y que escribe, es un fondo familiar, cotidiano. América Latina ha sido forjada por europeos: conquistadores, misioneros, aventureros, científicos, emigrantes han buscado allí la realización de sus sueños de pacificación y de salvación. El exotismo

latinoamericano está mucho más cerca de nosotros que el exotismo oriental, que es siempre arduo. Impermeable a nuestra comprensión profunda: lenguas inaccesibles, religiones lejanas, costumbres remotas. Si viajar a Oriente es anularse en lo diferente, viajar a América es viajar hacia un sitio tranquilo que hunde sus raíces en nuestro pasado y en nuestros sueños.[13]

Bibliografía

Carpentier, Alejo. *Ensayos selectos*. Buenos Aires: Corregidor, 2007.

De Torre, Guillermo. *Claves de la literatura hispanoamericana*, Madrid: Taurus Ediciones, 1959.

Fuentes, Carlos. *La gran novela latinoamericana*. México: Alfaguara, 2011.

Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores, 2010.

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Barcelona: DEBOLSILLO, 2019.

Gide, André. *Viaje al Congo*. Barcelona: Ediciones Península, 2004.

Halperin Donghi, *Tulio. Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 2017.

Le Clézio, Jean Marie Gustave. *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Lévi-Strauss, Claude. *Tristes trópicos*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1992.

Montaner, Carlos Alberto. *Las raíces torcidas de América Latina*. México: Temas de Hoy, 2018.

Ríos, Robero E. *La novela y el hombre hispanoamericano*. Buenos Aires: La Aurora, 1968.

Rivera, José Eustasio. *La Vorágine*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1973.

Torres, Vicente Francisco. *Del infierno verde al paraíso perdido. La narrativa de la selva en América Latina*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2022.

Varanini, Francesco. *Viaje literario por América Latina*. Barcelona: Acantilado, 2000.

Vilar Madruga, Elaine. *El cielo de la selva*. México: Universidad Veracruzana/Elefanta, 2024.

[13] Francesco Varanini, *Viaje literario por América Latina*, Barcelona: Acantilado, 2000, pp. 607-608.